

ramon, cuyo prestigio como militares, por su heroico valor y sus conocimientos en el terrible ramo de la guerra, dió grande entusiasmo á los sostenedores del plan de Tacubaya.

Mejor dirigidas entónces las operaciones por parte de los pronunciados, obtenian mayores ventajas; y arrastrado por el influjo y el prestigio de los dos gefes que salian á la lucha, el general Liceaga abandonó á Comonfort pasándose con su fuerza á los pronunciados, todo lo cual hizo al gefe de las fuerzas del gobierno, abandonar la Capital, que quedó absolutamente en poder del ejército que proclamaba el plan de Tacubaya reformado.

El Sr. Comonfort salió de la Capital y luego del país, acabando así su gobierno, que causó tantos males á la nacion porque él sancionó la anarquía con tantas leyes que fueron una fuente envenenada de males; y aunque conocia el mal, no tuvo valor de seguir el sendero de una reforma racional. De esta manera dejó una triste memoria de su gobierno, en el partido á quien habia servido de instrumento y con quien al fin se divorció; y un amargo recuerdo á la sociedad, con tantas medidas de persecusion á la Iglesia. ¡Su vida como gefe de la nacion, es un triste ejemplo de lo que son los hombres que sacrifican su conciencia, poniéndola al servicio de un partido ciego: su muerte es una terrible prueba de las venganzas divinas contra los perseguidores de la Iglesia Santa!

CAPITULO IV.

Presidencia de los generales Zuloaga y Miramon:

Guerra llamada de la Reforma.

¡Qué altos é insondables son los juicios de la ciencia y la sabiduría de Dios, y qué inescrutables sus caminos!

El hombre, á fuerza de subyugar su espíritu, la parte mas noble de su sér, á las exigencias de la materia corruptible; y de arrastrar ésta por la fangosa superficie por donde camina, se llega á formar un hábito y como una necesidad de considerar todas las cosas con relaciones puramente temporales, rompiendo así la dependencia natural de todos los séres de la mano de su Hacedor, y negando muchas veces sin quererlo, esa eterna y absoluta soberanía que corresponde sobre todo lo creado al Señor que lo ha sacado de la nada.

De esta manera, sobre el velo natural que oculta á la vista de la criatura la accion soberana del Creador, se pone un nuevo velo, que quita á la penetracion de la razon, aquella luz que de la claridad infinita se destella para alumbrar y hacer accesible á la inteligencia humana la parte de los misterios que al Señor plugo hacer

comprensibles á sus criaturas: y esta es la razon porque, todos los pavorosos misterios referentes al dogma terrible de la libertad humana, y todas las cuestiones que se relacionan con la cuestion general entre el bien y el mal, jamás han podido tener una satisfactoria solucion en las ciencias racionalistas ó puramente humanas, las cuales no las resuelve sino la ciencia católica; que puesta entre el abismo inmenso que media entre Dios y el hombre, recibe los esfuerzos de la inteligencia humana en aquellos límites donde se alzan las inaccesibles barreras que su razon no puede traspasar, para conducirla en alas de la fé, hasta las inconmensurables playas de lo infinito, donde con una luz sin menguante fulguran los resplandores de la sabiduría eterna.

El hombre, discurrendo con la sola luz de su razon, siempre anda agitado con las cuestiones de por qué existe esa lucha incesante entre el bien y el mal: por qué mientras unos hombres, unos pueblos, unas naciones, se cuentan bajo el fatídico peso del mal, otros alzan su frente como un hermoso reverbero del bien; y por qué cuando en una parte dada de la humanidad se agita la lucha entre la causa del bien y del mal, no siempre se consigue que los acontecimientos determinen la victoria del primero como la comprende la mezquina inteligencia humana. Pero si la razon sube por esa altísima montaña de la historia, recogiendo como solucion de la cuestion que quiere resolver, todos los pasos de la humanidad en su relacion dependiente de criatura con su Creador hasta llegar á la cima de esa elevadísima cumbre, donde ve el terrible drama del paraíso, cayendo el hombre de su inocencia y grandeza primitiva al estado de degradacion en que lo dejó su pecado; y si estudian allí en su origen, la cuestion entre el bien y el mal, y para resolverla busca una luz en regiones mas altas y no sombrías como los oscuros la-

berintos por donde el hombre es conducido por sus pasiones, entonces ve que los triunfos del mal sobre el bien jamás son definitivos: que no hacen sino prolongar la cuestion y aplazar el tiempo de la victoria, para el bien; y esto viene á demostrar en último análisis, que el Señor que crió el cielo y la tierra y que formó al hombre en el Paraiso dándole la imágen de su unidad y la semejanza de su Sociedad Divina, puso en manos de ese mismo hombre el cetro del dominio temporal sobre la tierra, reservándose la suprema soberanía sobre el hombre para dirigir los acontecimientos de la sociedad á ese fin supremo de hacer servir todas las cosas á la gloria de Quien y para Quien fueron creadas.

Esta luz que es necesaria para explicar todos los fenómenos morales, lo es absolutamente indispensable en ocasiones dadas y para juzgar de algunos hechos determinados de la sociedad, como sucede en el período que va á ser objeto de este capítulo. El gobierno establecido como consecuencia del plan de Ayutla era un gobierno esencialmente anárquico, que en su furor de una reforma irracional, habia trastornado todo orden, y hacinado ruinas así en lo político y social, como en lo moral y religioso: la sociedad se hallaba profundamente conmovida, porque estaba herida en su corazon; y un grito general de indignacion se levantaba por todas partes contra aquella tiranía del espíritu, mil veces mas funesta que el despotismo sobre el cuerpo. Al fin quiso el Señor, que tras de esa tea abrazadora de desolacion, viniera una luz apacible que alumbrara y vivificara: que tras del hacha de la barbarie que destruye, viniera la mano de la civilizacion que edifica; y que al frente de ese negro pendon de la muerte y de la destruccion, se enarbolara un estandarte en que estuviera escrito el título de la causa mas noble que puede inspirar los combates de la humanidad.

¿Por qué, á pesar de esto, despues de una lucha de tres años, como lo vamos á ver, el triunfo aparente se concedió al mal y no al bien? ¿Por qué la causa santa de la verdadera libertad del pueblo, la causa de la civilizacion y del órden, la causa sagrada de la Iglesia y de su religion, la causa de Dios, quedó mustia y abatida entre un lago de sangre, confundida entre los destrozados cadáveres de sus héroes, escondiendo su frente entre ruinas y escombros, á la vez que la causa de la tiranía del espíritu; la causa de los errores de la inteligencia y de los extravíos del corazon, se sonreía triunfante sobre el campo de batalla y recogía los ensangrentados laureles para ornar su frente con la corona del vencedor? ¿Es qué á Dios faltaba poder para suscitar génius y aglomerar legiones que levantarán en alto y sostuvieran la bandera en que iba escrita su causa?..... ¡Blasfemia sería decirlo! ¿Oh acaso faltaron hombres en cuya frente brillaran los destellos de la verdadera sabiduría, ó héroes que formaran con sus nobles pechos una muralla donde se embotaran las balas enemigas?..... Léjos de eso, en raras épocas se vieron adornados con mas títulos de gloria los defensores de la noble causa de la verdad, porque ni faltaron los sábios que consagraron sus vigiliás al bien de la humanidad, ni intrépidos campeones, que con un noble ardor iban á deramar su sangre en los combates gloriosos de la causa mas justa.

Pero la explicacion del fenómeno moral del aparente triunfo del mal sobre el bien, en vano la buscaremos en las tinieblas que circundan á este globo lleno de miserias; y tenemos que ir á buscar la solucion en aquel altísimo y secreto gabinete, donde están los hilos todos de los acontecimientos humanos para formar la trama general de la historia, cuyas páginas en su conjunto manifiestan con

caracteres de una luz inextinguible. «Gloria á Dios en lo alto de los cielos.»

Porque el Señor, como Soberano de las sociedades, tiene contados los dias de tribulacion para acrisolar á los defensores de su causa, y los que concede de poder á sus enemigos; y para manifestar su gloria y su poder, no siempre permite que el triunfo sea pronto y por los caminos mas llanos á los ojos de los hombres, sino que en su infinita sabiduría, señala el curso de los acontecimientos, por senderos que cuanto mas difíciles se muestran, tanto mas seguros son para llegar á una victoria decisiva. Tales son las consideraciones que me parecen necesarias para formar el criterio con que se debe juzgar de los hechos cuya narracion vamos á hacer.

Decidido el triunfo en la Capital de la República por el plan de Tacubaya, el general Zuloaga nombró una asamblea de representantes para que eligieran presidente interino; y resultando nombrado el mismo general Zuloaga, tomó posesion del mando supremo el dia 21 de Enero de 1858, formando su ministerio con personas de las mas respetables del partido conservador, que lo fueron D. Luis G. Cuevas, D. Manuel Larrainzar, D. Hilario Elguero, D. Juan Hierro y Maldonado, entrando pocos dias despues D. Joaquin de Castillo y Lauzas y el Presbítero Dr. D. Francisco Miránda.

Este nuevo gobierno, que tantas esperanzas hizo concebir al país, fué acogido con entusiasmo por todas las clases de la sociedad, con excepcion de los que habian hecho su fortuna con los despojos de la Iglesia; y desde luego contó tambien con el apoyo que dió el reconocimiento de todo el cuerpo diplomático, sin exceptuar uno solo de los ministros extranjeros residentes en México.

En los Estados del interior, fué secundado solo en San Luis Potosí; pero en Querétaro, Michoacán, Guanajuato,

Jalisco, Zacatecas y Nuevo Leon, se formó una coalicion para sostener la constitucion de 57 dando cada Estado el contingente de fuerzas que pudo poner en campaña, formando un ejército del que se nombró gefe al general D. Anastasio Parrodi. Y entre tanto, D. Benito Juarez con el carácter de presidente constitucional, salió de México, tocando á Querétaro y Guanajuato, para establecer su gobierno en Guadalajara.

El ministerio del general Zuloaga se ocupó de preferencia de atender á los clamores de la sociedad, derogando todas las leyes con que el gobierno anterior habia causado tantos males y ocasionado el general desagrado: se derogó la ley de desamortizacion de 25 de Junio de 1856, la de 11 de Abril de 1857 sobre obvenciones parroquiales: se mandó que fueran restituidas á sus empleos todas las personas que habian sido privadas de ellos por no haber prestado el juramento de la constitucion; y se restablecieron los fueros eclesiástico y militar. Todas estas medidas las consideró la sociedad como un acto de estricta justicia; pero importando ellas un acto de valor civil, que honró sobre manera al ministerio que las dictó, de todas partes se elevaban votos de gracias y manifestaciones de reconocimiento á los hombres, que comprendian el mal que aquejaba al país y tenian el valor necesario para aplicarle el remedio.

Cumplido con este acto de justicia, el gobierno atendió á las necesidades de la guerra que tenia que sostener, contra los Estados coligados; y para eso hizo salir de México para el interior las fuerzas que pudo, al mando del general D. Luis Osollo y del cual era segundo el general D. Miguel Miramon.

Mientras estos gefes salian de México, el general D. Tomas Mejía salia de la sierra donde habia permanecido pronunciado; y en el cerro de Santa Rosa dió una

batalla á las fuerzas del general D. José María Arteaga, la cual le proporcionó entrar á Querétaro con su frente coronada con la victoria, uniéndose allí al general Osollo.

Desde aquí vamos á entrar en el período de una lucha, la mas terrible de cuantas se registran en la historia de nuestras guerras civiles; y como seria muy largo y casi inútil descender á sus mas minuciosos detalles, solo nos ocuparemos de los hechos mas notables y que dan á conocer el espíritu de la época, estudiándola principalmente en su carácter sangriento, que fué su verdadero distintivo; y lo que la constituyó en un fenómeno que merece considerarlo con atencion, para explicar así las causas verdaderas de esa lucha y su enlace necesario con los acontecimientos futuros.

Lo que de toda la tierra dice un escritor célebre, desde el fratricidio de Cain, se puede decir de México desde una antigüedad muy remota: «que es como un extenso lago de sangre, que ni los vientosorean, ni el sol seca con sus inmensos ardores.»

Cuando este suelo solo fué habitado por los pueblos indígenas sujetos á la barbarie del paganismo, la imaginacion se espanta de considerar aquellas guerras sangrientas en que la muerte metia su segur entre las huestes enemigas, hacinando cadáveres como la hoz del segador amontona las espigas; y todavía eso no asusta tanto, como cuando se lleva la vista sobre las aras de las falsas é implacables divinidades, donde la sangre de incontables millares de víctimas corria como de una fuente inagotable. Despues abrió el Anahuac sus puertas para recibir por el Oriente aquella luz civilizadora, que habia brillado ya sobre los antiguos continentes; pero esa luz era precedida de una aurora siniestra y sombría, en que los aventureros ávidos del oro de una tierra vírgen regaban aquel

suelo con la sangre mezclada de los bárbaros vencedores y de los salvajes vencidos, cayendo sobre una y otra la sangre pura de los apóstoles de la civilización, que deramaban la palabra de vida eterna en cambio de la vida temporal que ofrecían en pacífico holocausto, en un sacrificio voluntario.

Llega mas tarde el día en que se rompieran las cadenas de la dominación ibérica; y la regeneración política del nuevo pueblo mexicano, fué inaugurado con la mas espantosa efusión de sangre: y cuando al fin México fué independiente, sus venas no dejaron de verter sangre, en todas las convulsiones de su pueblo, para disputarse la forma de gobierno que debía seguir los destinos de la nación. Pero en tan larga serie de tiempo, no reconocemos un periodo como el que vamos á describir, en que fuera convertido en altar para el sacrificio de las víctimas, el mismo campo de batalla, donde se iban á disputar el triunfo las dos causas que han mantenido á todo el mundo en incesante lucha. Y lo que mas notable aparece en esta época, es: que uno de los estandartes que combatían, no era en realidad, sino el pendon de los errores demagógicos y de los excesos del libertinage, se llevaba escrito en él, sin embargo el nombre de libertad que es la invocación de un principio santo; mientras en el otro iba escrito el título sagrado de la religión verdadera y única luz capaz de iluminar en su camino á las sociedades. No parece sino que el Señor que dirige los acontecimientos con una sabiduría infalible, quiso que los dos principios sacrificaran sus víctimas, para que con la virtud purificadora de la sangre, se preparara el día en que dándose un abrazo fraternal aquellos dos principios, que siendo hermanos los ha convertido en rivales el fuego voraz de las pasiones, luciera sobre la frente angustiada de México, la

aureola de la civilización y de la gloria que sin duda le está reservada en los consejos eternos.

De Querétaro destacó el general Osollo una fuerza al mando del coronel D. Marcelino Cobos sobre los gefes liberales, Pueblita, Lamberg é Iturbide, que se hallaban en Maravatío, y entonces él marchó con el resto de la fuerza por el camino del Bajío, encontrando á las fuerzas de la coalición fortificadas en el río de Salamanca, lo cual no impidió que fueran completamente derrotadas. En esa batalla se mandó al coronel Calderon, de los coligados, que diera una carga con la caballería, lo cual ejecutó aquel gefe con valor y pericia, porque las dos cosas tenía; pero al echarse sobre una batería enemiga, fué muerto por un disparo de metralla. Esto determinó la acción en favor del general Osollo, porque la caballería de Parrodi quedó sin gefe, pues fuera de Calderon no contaba con otro militar en todo su ejército.

Las fuerzas de Zacatecas y Guanajuato habían estado mandadas personalmente por los gobernadores de los mismos Estados D. Victoriano Zamora y D. Manuel Doblado: el primero, que solo tenía de político la ambición y las intrigas, y nada absolutamente de militar; perdió en esa acción toda su fuerza, sin embargo de que no combatió; y el segundo, que suplía los conocimientos militares y el valor, con su gran talento, supo retirar sus fuerzas casi sin pérdida, así como el general Parrodi salvó también una parte de su ejército. Pero en esta vez, el ejército del plan de Tacubaya, tenía un gefe como el general Osollo, que era tan valiente en el combate, como activo y oportuno en todas sus disposiciones. Sin pérdida de tiempo hizo marchar al general Liceaga con su brigada sobre Guanajuato, favoreciendo con eso el reconocimiento que aquel Estado hizo del gobierno de México; y el resto de las fuerzas lo movió en seguimiento de